

*La Escuela de Cruz. Textos y autores del teatro popular en el Madrid ilustrado*, Alberto Escalante Varona, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2020, 173 págs.

ISMAEL LÓPEZ MARTÍN  
UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA  
ismael@unex.es

Con esta monografía el profesor Alberto Escalante Varona nos presenta la culminación a su formación de grado, postgrado y doctoral en la Universidad de Extremadura con la guía del Dr. Jesús Cañas Murillo. Se trata de una obra galardonada con el primer premio Ópera Prima Ana Holgado correspondiente al año 2019, y en nada desmerece al reconocimiento, sino que lo aumenta, pues la narración amena de un panorama del teatro popular español del siglo XVIII está trufada, en el volumen, con la plena madurez filológica y el manejo de distintas fuentes, datos y caracteres de varias tendencias o corrientes de dicho período.

Hace apenas unas semanas, en los estertores del pandémico año 2020, la Universidad de Extremadura dio a la estampa *La Escuela de Cruz. Textos y autores del teatro popular en el Madrid ilustrado*, un breve pero intenso estudio que ensalza las excelencias del teatro dieciochesco siguiendo un eje cronológico y comparatista, pero de una lectura muy asequible para el público general, circunstancia explicitada por el autor ya desde la nota que abre el volumen.

Los capítulos que parcelan el período tratado por Escalante no responden sino a las evoluciones estilísticas de las distintas corrientes dramáticas, entre las que debe incluirse la aparición y desarrollo de géneros y subgéneros dramáticos, un criterio cuya selección da fe de la intención histórico-crítica del autor. Con

todo, el doctor Escalante centra su estudio en la Ilustración española —que no neoclasicismo—, comprendida desde mediados de la centuria hasta la guerra de la Independencia; concretamente, de 1750 a 1808.

En cada episodio de este panorama dramático casi novelado introduce el autor datos historiográficos que permiten enmarcar las afirmaciones posteriores en su contexto. No es objetivo del texto ahondar en grandes disquisiciones teóricas ni en debates terminológicos, sino ofrecer una visión tan ajustada como completa del tema de estudio. Pero también es fundamental el tratamiento de cuestiones relacionadas con la sociología del teatro, como pueden ser las reformas de Aranda y Olavide, la prohibición de los autos sacramentales, el desarrollo de tertulias literarias como la de la Fonda de San Sebastián o la narración de episodios trascendentales como el incendio del coliseo del Príncipe de 1802 (recogido en la página 141). Además, no resulta tediosa la introducción de datos de cartelera, los cuales arrojan luz sobre el éxito de determinadas piezas. Pero esos laureles de las comedias no solo se observan en la cartelera, sino también en las reseñas aparecidas en la prensa periódica, caso del *Memorial Literario*, verdadero mercurio que presentaba las novedades editoriales y los estrenos, amén de recensiones críticas interesantes para la sociología teatral y para la evolución estilística.

Se adentra Escalante en el estudio semiótico del fenómeno dramático con el acercamiento y comentario de la preceptiva aplicable a las tendencias que cita, de tal manera que ello le permite adscribirlas a tradiciones y valorar, acaso, en qué grado se cumplen o no sus fundamentos.

Como puede observarse, el doctor Escalante va ofreciéndonos un relato que evoluciona de lo general a lo particular, cultivando una estructura que, no solo potencia su progresión temática, sino que coadyuva al mejor sostenimiento de sus afirmaciones.

De los autores más destacados de este panorama podemos leer su perfil biográfico, pero no solo desde el punto de vista historicista, sino también hermenéutico, pues Alberto Escalante

ofrece valoraciones críticas sobre la evolución de las principales plumas del período. Hay espacio también para el comentario del oficio de escritor y de la labor de dramaturgo. También accedemos a interesantes análisis compositivos de las obras dramáticas más relevantes de cada uno de ellos. No solo asistimos al comentario individual de obras paradigmáticas, sino que también nos adentramos en un análisis comparativo de varios textos, lo que sin duda refuerza la visión de conjunto de la monografía, uno de los objetivos claros del volumen.

El bosquejo biográfico de los escritores (prestando especial atención a las relaciones que pueden establecerse con su obra) y el análisis general y concreto de su producción complementa el estudio de géneros literarios históricos —siguiendo la terminología del eminente filólogo Fernando Lázaro Carreter— y de subgéneros dramáticos como la comedia de magia, el auto sacramental o la comedia heroica o heroico-militar, entre otros. Alberto Escalante trata el nacimiento de géneros, subgéneros y tendencias, su influjo (como las ideas revolucionarias en la comedia heroica de Comella, circunstancia advertida en la página 118), el desarrollo a partir de una serie de características que ejemplifica con textos particulares y cómo estos evolucionan o degeneran; todo ello siempre dentro de los límites cronológicos marcados y de las divisiones de aproximadamente una década que el investigador propone, lo que le obliga a retomar las mimbres trazadas en capítulos anteriores para continuar su narración. Escalante Varona no deja de abordar los grandes géneros neoclásicos (como la comedia sentimental o la tragedia), para los que no solo explica convenientemente sus rasgos definitorios, sino también el proceso de asentamiento de dichos géneros en el panorama dramático nacional.

La adscripción de los escritores a las diferentes tendencias aparece justificada a partir de rasgos de su estilo y de la aplicación de los preceptos poéticos. Pero estos autores no solo pueden incluirse en corrientes literarias, sino que, en muchos casos, participan de una interesante realidad de las letras dieciochescas: las

polémicas. Críticas y apologías sirvieron para relacionar entre sí obras y autores, pero también para hacer evolucionar la propia práctica literaria, uno de los efectos más relevantes y meritorios de dichas diatribas intelectuales. Algunas de las que menciona y destaca Escalante son la de Moratín con Ramón de la Cruz — que en 1765 gozaba ya de «una posición de éxito en los coliseos y era conocido como uno de los dramaturgos más prolíficos de la escena» (p. 65) —, la célebre de clásicos y modernos y las consideraciones de Francisco Mariano Nifo, entre otras.

Como puede observarse, Alberto Escalante Varona nos ofrece, con *La Escuela de Cruz. Textos y autores del teatro popular en el Madrid ilustrado*, la crónica del Madrid teatral de la Ilustración. Se trata de un volumen en el que se dan cita numerosos autores que convergen en el Madrid ilustrado para sentar las bases del teatro para todo el reino, la «historia de una inquietud común» (p. 73).

El objetivo tan sencillo como complejo de condensar en páginas de fácil lectura el vasto panorama dramático concentrado en esos decenios y en el mismo espacio se ve cumplido con creces, pues no solo el autor se acerca a la rama divulgativa, sino que aporta valoraciones críticas que dotan a la monografía de un científicismo preciso y que, indudablemente, la enriquecen sobremanera.